

zar, recorridas en compañía del general Moscardó. También allí había recuerdos de la Falange. La tumba del camarada Pedro Villaescusa, Jefe Provincial del Movimiento, muerto heroicamente durante el asedio.

Y después, en el teatro Rojas, el cierre del Consejo con un discurso del Presidente de la Junta Política, camarada Ramón Serrano Súñer.

Para dar una mayor variedad con la parte anterior, además de poner los nombres de las jerarquías asistentes al Consejo, es conveniente relatar algunos hechos de los acaecidos y destacar el nombre de algunas de las camaradas que desde los primeros tiempos venían batallando entre nosotros.

El Consejo se celebraba en el palacio de Medinaceli, cedido generosamente por su propietario a la Sección Femenina. Pero esta casa, como casi todas las de Madrid, estaba destrozada y saqueada por la guerra.

De calefacción no se podía hablar; la de la casa estaba rota, y nosotras no teníamos dinero para arreglarla. El frío de aquel enero era casi insospechado en Madrid; teníamos más, mucho más frío que en Segovia, donde se les recomendó a las camaradas que fueran con ropas de abrigo.

Y para solucionarlo en parte se le ocurrió a no sé quién poner unas estufas con el tubo asomando por la ventana de la sala donde teníamos las sesiones. Pero lo cierto es que las estufas no funcionaban y todo el humo, en vez de irse hacia afuera, se metía para adentro, con lo que no podíamos ni respirar, momento en el cual la única solución era abrir las ventanas, con el riesgo inmediato de congelación. Y así, entre helada y ahogos, pasamos las sesiones del I Consejo de la Paz.

Aquel año había pasado a depender de la Sección Femenina el Servicio Social de la Mujer, dependiente antes de la Delegación Nacional de Auxilio Social.

Otra batalla ganada por la Sección Femenina, porque este Servicio, encargado de la movili-

ción y formación de las mujeres mayores de diecisiete años, no tenía por qué depender de una Delegación cuya misión específica era la beneficencia. Pero, en fin, así se hizo, y tuvimos que batallar años para conseguir nuestro propósito.

Lo cierto era que al llegar el Consejo de Madrid ya estaba en nuestras manos, aunque los Jefes del Departamento, hombres todos, seguían siendo los mismos que lo llevaron en Auxilio Social.

Y había que ver al bueno de Gimeno, cuyo nombre llevaba el entonces Jefe del Servicio Social, pretendiendo convencer a 150 mujeres de las excelencias de su Servicio y afrontando con muy pocas ganas las airadas intervenciones de Syra, Amelia, Angelita Ridruejo y la hostilidad de todo el Consejo en pleno por la orientación de aquel Servicio que nos había sido arrebatado.

Por una vez en la vida los hombres no llevaban razón.

La inteligente e intransigente Angelita Ridruejo, preguntándonos a la Nacional que por qué no se abrían las Escuelas del Hogar, de las que llevábamos hablando tres años seguidos. Y era verdad; hablar, hablábamos; pero una cosa es coger el trigo y otra el pan.

Y el mayor inconveniente en aquella ocasión era, como siempre, la falta de dinero. Así y todo, ese año se montaron las primeras en Madrid.

Fe Fernández, que Consejo tras Consejo se afanaba por contarnos las heroicidades de sus niñas de Huesca, aun en aquellos tiempos en que ya no había guerra.

Laly Ridruejo, pretendiendo meter por las veredas de nuestra escasa administración a aquellas provincias tan desordenadas.

La Delegada de Castellón, haciéndonos ver las ventajas de una casa, que según ella, le habían regalado, pero que en la vida hemos tenido nada que nos haya costado más caro.

Clementina Navrán, camarada tradicionalista, queriéndonos contagiar de sus métodos pedagógicos y al mismo tiempo reclamando lealmente